



CAPÍTULO XXVIII

Servicios que hace la Visitación á la sociedad y á las almas.
Vocación de la Madre de Chaugy.

DE dónde provenía la rápida y universal propagación de la Visitación? Evidentemente de las heroicas virtudes que brillaban en la Madre de Chantal y en sus Hijas; porque el honor de los pueblos cristianos consiste en no hacer resistencia al atractivo de las grandes virtudes. Pero esa propagación reconocía además otra causa. Se debía también á los innumerables beneficios que la Visitación derramaba en torno suyo. Pregúntase muchas veces: ¿para qué sirven los claustros? Preciso es responder, y lo haremos en este capítulo, manifestando los inapreciables servicios que prestan á la sociedad y á las almas. En vez de ser sepulcros sellados (como se cree en el mundo), de donde nada sale, vamos á ver cómo, por el contrario, son fuentes de luz, de vida, de savia católica; jardines cerrados, es verdad, pero de donde se exhalan al través de las rejillas, como de un vaso entreabierto, los más suaves perfumes.

En primer lugar, ¿no son nada los grandes ejemplos que daban á la sociedad todas esas jóvenes cuya vocación hemos contado, las cuales, ricas, hermosas, de talento, y adornadas de bellas prendas, rechazaban todas

las seducciones, todos los placeres, y pisando las grandezas de la tierra, demostraban su vanidad con tanta elocuencia? En una sociedad embriagada con el amor de los placeres, como lo era la del siglo XVII, pero tan impregnada aún, y en tan alto grado, de los pensamientos sublimes de la fe, ¿es creíble que tan brillantes sacrificios pasasen inadvertidos, sin que revelasen á nadie la fragilidad de las cosas de aquí abajo, y sin que levantasen ningún pensamiento hacia bienes más altos? Se ha dicho de nuestros templos que eran dogmas edificados en piedra; pero lo mismo podría decirse de esos claustros silenciosos, que elevan en medio de las ciudades sus cúpulas tranquilas y sus santas imágenes. Nadie se acercaba á ellos sin sentir apagarse en su alma los vanos rumores del mundo. No; aun hoy mismo, ninguno penetra en la iglesia de un monasterio, nadie escucha subir hasta el cielo esos cantos monótonos y dulces sin sentir no sé qué impresión que desprende de la tierra y eleva el alma hacia Dios. ¡Oh placeres del mundo! ¡Gozos cortísimos, y no obstante tan queridos! Voces elocuentes nos han dicho mil veces cuán pronto pasáis, y nuestro mismo corazón lo sabe bien; pero la sola vista de un convento nos lo hace comprender mejor que nada.

A este primer beneficio, á esta predicación constante y elocuente de la fragilidad de las cosas de aquí abajo, añaden las Hijas de San Francisco de Sales otro segundo beneficio, mayor que el primero sin duda alguna; el beneficio de la oración. ¿Se quiere saber qué es la oración en los labios de las religiosas? Permitásenos, entre otros mil ejemplos, porque todas las vidas se parecen en el claustro, elegir uno: el de la hermosa y discreta señorita de Martignat, á quien hemos visto abandonar la corte de la reina María de Médicis y de las Infantas de Saboya, para tomar el velo de manos de la Madre de Chantal.

Su vida era en el convento una perpetua oración. La pasaba toda entera, puede decirse, de rodillas; los días eran demasiado cortos para satisfacer la sed de orar que se había apoderado de ella desde su entrada en el claustro. Divertíanse con frecuencia las Hermanas en no avisarla que era hora de comer, y entonces permanecía, sin advertirlo, arrodillada delante del Santísimo Sacramento hasta la una, aunque estaba allí desde por la mañana. Por la noche salía siempre la última del coro, hasta que la Hermana que apagaba las velas y cerraba este santo lugar la daba un golpecito en el hombro. Sin esto, no se hubiera acordado de irse á su celda á descansar y acostarse. A la edad de setenta y cinco años estaba más de siete horas de rodillas al día.

¿Y qué hacía durante estas largas horas que pasaba arrodillada? Derramaba su corazón en inagotables oraciones. Todas las mañanas rezaba el *Veni Sancte Spiritus* por el Papa; los salmos graduales, por los soldados, y los siete Salmos Penitenciales, por los herejes y malos cristianos.

Decía en seguida diariamente las Letanías del Santísimo Sacramento, para pedir el amor de Dios.

Las Letanías de los Ángeles, por los navegantes.

Las de Santa Ana, por las mujeres casadas.

Las de la Pasión, por los jueces.

Las del Santo Nombre de Jesús, por los estudiantes.

Las de San Antonio de Padua, por los litigantes.

Las de la Santísima Virgen, por las jóvenes que aún no habían elegido estado.

Juntaba á lo dicho una porción de oraciones por todas las necesidades públicas, y por las almas que se encomendaban á ella. Cuando le decían: «Pero, amada Hermana María Dionisia, ¿por quién rezáis tanto?— ¡Ah! — respondía, — Dios me ha hecho conocer que no me ha criado más que para esto.»

Peró por los que más oraba era por los Príncipes.

Criada desde su infancia en la corte; habiendo vivido en medio de sus grandezas, cuya nada había comprendido y cuyo encanto seductor había conocido; sabiendo por experiencia cómo fascinan á los grandes el esplendor y los placeres del mundo, no cesaba de orar por ellos. Muchas veces pasaba horas enteras de rodillas con los brazos en cruz y los ojos llenos de lágrimas, y á los que la preguntaban qué hacía en esta postura: «¡Ah!—respondía—ruego á Dios por mis pobres Príncipes.» Cuando supo la muerte de Luis XIII, «¡Ay!—exclamó—he visto nacer á este Rey, le he visto bautizar, ser coronado, casarse, reinar, y ¡ya no existe!» Una Hermana le preguntó si le encomendaría á Dios. «¡Oh! sí, de verdad, y mucho más de lo que se cree; ha ido á un reino donde nadie entra con el cetro en la mano.» Excitaba á todas las que rodeaban á los Príncipes, porque la visitaban á menudo muchas damas de honor de las Reinas á que les hiciesen practicar muchas buenas obras. «¡Porque hay tanta gente—decía—que lisonjea á estos pobres Príncipes! y así bajan sin pensarlo al infierno, porque bajan por una escalera de oro.»

Su principal devoción era la de las almas del purgatorio; rogaba sin cesar por ellas, y todos los días rezaba el Oficio de difuntos.

El domingo le ofrecía por las almas de los Papas, Obispos y Sacerdotes de la santa Iglesia.

El lunes, por los Príncipes y Princesas.

El martes, por sus parientes y amigos particulares.

El miércoles, por las Hermanas de la Visitación y sus bienhechores.

El jueves, por las almas que expían en el purgatorio las irreverencias que cometieron delante del Santísimo Sacramento.

El viernes, por todos los caballeros de Malta, y los que mueren en las guerras y batallas contra los enemigos de la santa Iglesia.

El sábado, por las pobrecitas almas abandonadas que no tienen quien ruegue por ellas.

Juntaba á sus oraciones una multitud de prácticas de piedad y de penitencia, cuyo secreto le había revelado, antes de entrar religiosa, una mendiga que había conocido en Turín, en donde vivía en olor de santidad, á quien llamaban la Madre Antée; nombre supuesto, bajo el cual se ocultaba uno de los más distinguidos de la nobleza. Esta Madre Antée era, en efecto, una gran señora de una antigua familia de Turín, que después de haber repartido todos sus bienes entre los pobres, en lugar de entrar en un monasterio, se había hecho mendiga. Se la encontraba todos los días en las calles y plazas públicas de Turín, cubierta de andrajos, con una alforja al hombro, pidiendo limosna, y en cambio de esta caridad, excitando á la virtud, reprendiendo fuertemente á los pecadores, y sobre todo á los blasfemos, insultada por unos, maltratada por otros, cubierta algunas veces de lodo y hasta de inmundas salivas, pero nunca más alegre y feliz que cuando se veía harta de humillaciones; muy querida, por otra parte, del pueblo, y muy estimada del duque de Saboya, quien siempre la defendía. Un día mandó que diese el castigo de la cuerda á uno de sus guardias por haberla golpeado, pero la Madre Antée lo sintió tanto, que amenazó al Príncipe con que no le encomendaría á Dios, y cesó algún tiempo de ir á palacio. Cuando el Duque le mandó á decir que volviese á verle, fué con la expresa condición de que no castigaría á nadie por defenderla, y de que el pueblo tendría libertad de despreciarla é insultarla.

La Madre Antée no tenía, por decirlo así, otra devoción que la de las almas del purgatorio; no pensaba sino en estas almas pacientes; mendigaba para tener con qué mandar decir Misas por ellas. Con las limosnas que le daban, edificaba y dotaba capillas para que ora-

sen día y noche por las benditas almas. Pidiendo limosna en la corte, vió á la señorita de Martignat. La joven mundana y la vieja mendiga se comprendieron y unieron con una santa y profunda amistad, que nunca se disminuyó. En esta escuela aprendió la señorita de Martignat á querer á las almas del purgatorio. En el claustro se aumentó esta devoción. Ya no le bastaba el rogar por ellas; principió á ofrecerse á Dios para ser inmolada en su lugar, á fin de disminuir sus penas por vía de mancomunidad. Muchas veces pasaba meses enteros con horribles dolores, después de los cuales se sentía inundada de alegría. Veía á las almas, que se le aparecían brillantes de gloria, que venían á darle gracias por haberlas libertado de sus sufrimientos. Algunas veces también veía como una sombra bastante obscura, que se le presentaba y le decía: «Hermana mía fidelísima, asistidme, porque estoy en el purgatorio.» Entonces redoblaba sus austeridades, y ofrecía á Dios sus sufrimientos con nuevo ardor.

Una vez, en particular, aunque sufría los más vivos dolores á causa de la ciática que padecía, se trató con tanta dureza, que la fuerza del mal hizo salir el hueso de la cadera derecha con un chasquido tan fuerte, que las Hermanas que estaban orando á su lado lo oyeron perfectamente. Cuando se levantó y quiso andar, se encontró con la pierna medio pie más corta que la otra, por lo que se le había encogido, y así le quedó toda su vida. «Mis pobrecitas almas del purgatorio—dijo entonces—tienen necesidad de obras penales; yo no tenía nada que sufrir, y el Señor me ha enviado este poquito.»

Pero la causa de sus más ardientes oraciones, de sus continuas lágrimas y de sus más sangrientas expiaciones, fué la muerte del Duque de Nemours, Carlos Amadeo, á quien había conocido mucho en la corte de Saboya. Tuvo un desafío con su cuñado el Duque de

Beaufort, y cayó muerto en el acto. Pero en el mismo instante en que le entró la espada, tuvo tiempo de elevar su corazón á Dios y alcanzar su perdón. La Madre de Martignat lo supo por revelación, y corrió á decirselo á la Superiora, pidiéndole permiso para ofrecerse en sacrificio por aquella pobre alma. «Sí, Madre mía—le dijo;—he visto á esa alma en el purgatorio, pero tan en lo bajo y profundo, que he quedado afligidísima. ¡Ay! ¿quién la sacará? Puede ser que no sea sino hasta el día del juicio.» Y como la Superiora pareciese dudar de la salvación de esta alma: «¡Ah!—decía la Hermana Martignat,—un millón de almas se hubieran perdido en esta ocasión! No ha tenido más que un momento para cooperar á la inspiración de Dios, y lo ha hecho. No había perdido la fe, y era como una tea pronta á incendiarse. La chispa divina produjo su efecto. Tal vez desde que el demonio es demonio, no se ha llevado jamás chasco más grande viendo escapar esta alma de entre sus garras.»

Con permiso, pues, de la Superiora, esta venerable Hermana se ofreció á Dios para sufrir y disminuir con sus padecimientos los dolores del Príncipe, conociéndose bien pronto que el Señor había aceptado esta ofrenda. Empezó á sufrir dolores más acerbos que cuantos había sufrido hasta entonces: desapareció su alegría ordinaria, viéndosela siempre desde entonces con un rostro macilento, con los ojos llorosos, y con el alma agitada constantemente de temores. Algunas veces salía de su celda atemorizada, y encomendándose á las oraciones de las Hermanas. A menudo se la veía inmóvil, con las manos juntas, apoyada sobre el bastón que su ciática le obligaba á llevar. «Queridas Hermanas—les decía,—rogad á Dios por mi pobre Príncipe.» Su salud acabó de echarse á perder. Comenzó á padecer unas opresiones de pecho, que parecía se iba á ahogar á cada instante; sus pulmones parecía que se ardían, y sus

piernas, hinchadas y frías, no la podían sostener.» Llorando un día la Superiora al verla en este estado: «No os aflijáis, querida Madre—le dijo;—yo necesitaba estas piernas de mármol, para correr tras de mi pobre Príncipe por entre las llamas del purgatorio.» Y á pesar de esto, aunque sus piernas estaban cada día más pesadas, y tuviese trabajos infinitos que sufrir para arrastrarse á los ejercicios de comunidad, no faltaba á ninguno. En cualquier tiempo que se bajase al coro, se encontraba allí á la buena Hermana Martignat, de rodillas ó de pie, rezando por las almas del purgatorio y por todos los que se encomendaban á sus oraciones, cuyo número era muy grande y aumentaba sin cesar. De este modo agotó su corazón y gastó su vida, siendo su última oración el último suspiro de su existencia (1).

Así vivió la Hermana María Dionisia de Martignat; así viven todas las religiosas. Oran y ruegan sin cesar. A cualquiera hora, por decirlo así, que se pase por delante de sus humildes iglesias, se oye subir á través de las rejas un canto dulce, humilde, penetrante, que no es ya de la tierra y tiene un dejo celestial. Y ¿qué es lo que piden así á Dios? Que olvide las culpas, perdone los crímenes, consuele los dolores, aligere las cargas, seque las lágrimas; y por cierto que hay bastantes en el mundo, para que no se conceda á un corto número de jóvenes el inocente placer y santa ocupación de trabajar en disminuirlas.

¿Se cree que esto no es bastante? Pues aún hacen más las religiosas. No solamente ruegan á Dios perdone los crímenes, sino que se encargan de expiarlos. Pagan la penitencia que merecían los culpables. Sufren el suplicio, aunque no son criminales, para salvar de él á los que lo son. Y para cumplir mejor esta obra, la más divina de todas las humanas, viven con una singular

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tom. II, pág. 150.

inocencia, en una virginidad sin tacha, en una claridad sin sombras. Temerían que si algo manchase sus almas, sus ayunos, vigiliias y abstinencias no pudiesen subir hasta Dios, y que su sangre no fuese bastante pura para serle ofrecida. De este modo se vive, esto es lo que se hace en los claustros que el impío desprecia, y de los que muchos cristianos ignorantes suelen decir: ¿para qué sirven? Semejantes á las agujas que colocamos en la cima de nuestros edificios para preservarlos del rayo, estas casas santas de oración levantan sus pacíficos claustros y sus piadosas imágenes en medio de nuestras ciudades, en el fondo de nuestros campos, cerca de los caminos reales, en todas partes donde se encuentran corazones tristes, abatidos ó culpables; y sólo en el último día se sabrá las tormentas que han prevenido, los disgustos y castigos que han evitado, aun á las almas que más las desprecian.

Pero las Hijas de la Madre de Chantal no hacían estos solos beneficios; no contentas con elevar las manos hacia el cielo y desarmar la cólera divina con sus súplicas, alimentaban á los pobres, instruían á los ignorantes, convertían á los impíos, consolaban á los afligidos, y cumplían, en fin, á través de sus rejas é inviolable clausura, todos los deberes de la caridad, con un conocimiento tan claro de las necesidades de su tiempo y del verdadero espíritu de su Instituto, que sólo su abnegación le sobrepujaba.

¶ Cierto que ya no se las veía, como en los días primeros de la fundación de Annecy, atravesar las calles de las ciudades, llevando pan, ropas y remedios; pero si las Hermanas no podían visitar á los pobres, éstos venían al convento. Se veía sin cesar á una multitud de ellos en los locutorios. Ana Jacobina Coste los recibía, les hacía ponerse en fila, y les distribuía á todos, con buenas palabras y maneras, pan, carne y remedios preparados dentro del monasterio. Tenía una gracia

maravillosa para pedir y alcanzar de las amigas y provisoras de la casa todo lo que necesitaban los pobres. Si alguna vez no se le daba lo que pedía para ellos, recurría á la santa Madre de Chantal, que siempre la atendía. Muchas veces iba la misma Santa á la provisoría y á la despensa á pedir para los pobres. «Hija mía—decía,—en nombre de Nuestro Señor Jesucristo dadme tal ó tal cosa para nuestros pobres»; y en seguida se iba muy contenta á llevárselo á la buena Jacobina, diciéndole con gracia: «Yo sé pedir mejor que vos; mirad lo que me han dado.»

No quería se negase nunca algún socorro á los pobres que lo pedían. «Sí, hija mía—respondía cuando venían á pedirle permiso para dar alguna limosna:—dad á Nuestro Señor, y dádselo por su amor.» Si las provisoras se atrevían á poner alguna dificultad: «Dad sin miedo—decía,—ya veréis cómo al cabo del año no es mayor el gasto.» Había mandado á la Hermana lencera le pusiese aparte las camisas rotas para los pobres, y las componía con sus propias manos. Si la hubieran dejado, hubiera querido que las Hermanas que sabían hacer zapatos la enseñaran, para poder componer por sí misma el calzado viejo á los pobres.

Un año en que eran muy caros los víveres, reunió á las Hermanas y les preguntó si no se alegrarían de continuar la Cuaresma después de Pascuas, para tener con qué asistir y dar á los pobres. Otro año, durante la peste, hizo comer pan negro á la comunidad para socorrer con más generosidad á los pobres.

De Annecy se comunicaba á todos los monasterios este espíritu de caridad. En Ruan reunieron las novicias todas sus joyas, pedrerías y relojes, y de lo que sacaron en venta hicieron un fondo para los pobres. «Mirad—decía la Madre de Chantal—esta invención me deshace el corazón de gratitud para con estas buenas Hijas.» En Puy acordaron unánimemente todas las

Hermanas ayunar para socorrer á los pobres. Al saber la Madre de Chantal esta resolución, llenó de besos la carta en que le daban la noticia. «Mirad, mirad—decía—lo que produce el corazón de una verdadera Hija de la Visitación.» Llevó esta carta querida muchos días entre el hábito, «á fin—decía—de ofrecer al Señor estas buenas y caritativas Hijas, pidiéndole me bendiga con ellas.»

La caridad de las Hijas de San Francisco de Sales era tan inteligente como heroica. No se contentaban con remediar las necesidades corporales de los indigentes. Creían que no era bastante para cumplir con el precepto de la caridad, el dar á los pobres un pedazo de pan para comer ó un poco de paja para dormir. Debajo de los harapos que les cubrían veían sus almas cubiertas de llagas, mil veces más crueles y vergonzosas que las que desfiguraban sus cuerpos.

«La mayor parte de los mendigos—decía Ana Jacobina, que los conocía bien,—so color de pobreza, no son sino vagabundos que viven sin ninguna dependencia ni disciplina. No tienen cura, ni pastor, ni parroquia y á nadie obedecen. Están continuamente á las puertas de las iglesias y jamás entran en ellas.» De esto se quejaba vivamente á San Francisco de Sales. «Ilmo. Señor—le decía,—en todos vuestros sermones exhortáis con mucho celo á dar limosna. Yo desearía que V. S. Ilma. enseñase también cómo se debe recibir cristianamente, porque la mayor parte de los pobres la toman como si fueran bestias, sin pensar en la misericordia de Dios que se la proporciona.» Accediendo á los ruegos de esta Hermana, determinó San Francisco de Sales enseñar todos los días el Catecismo á los pobres. Ana Jacobina asistía á estas explicaciones y cuidaba de que los oyentes estuviesen con el mayor orden. Después de la muerte de San Francisco de Sales continuó por sí misma este ejercicio, reuniendo todos los domingos á los pobres en los